

Alejandra Beneyto

Cuando
encontré
tus alas

Premio
Phoebe
NOVELA
ROMANTICA
2018



Phoebe

Cuando encontré tus alas



Phoebe

Primera edición: octubre de 2018

Copyright © 2017 Alejandra Beneyto

© de esta edición: 2018, ediciones Pàmies, S. L.

C/ Mesena, 18

28033 Madrid

phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-16970-97-1

BIC: FRD

Diseño e ilustración de cubierta: CalderónSTUDIO

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

*A mi yayo, que arreglaba máquinas de escribir.
A mi abuelito, que era escritor.
Y a mis abuelas, por estar siempre.*

«Dales a aquellos que amas alas para volar, raíces
para volver y razones para quedarse».
Dalai Lama

ÍNDICE

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[CAPÍTULO 40](#)

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[CONTENIDO EXTRA](#)

1

ESTO NO VA DE UN REENCUENTRO

Me encontraba en el baño de la oficina respirando hondo. O al menos intentándolo, porque de repente parecía que había demasiado aire a mi alrededor como para poder asimilarlo al ritmo adecuado.

Me eché agua en la cara sin importarme arruinar mi maquillaje. A la mierda todo. Necesitaba algún estímulo externo que me distrajera durante el tiempo suficiente como para normalizar las pulsaciones que rebotaban frenéticamente contra mi garganta.

No eran ni las nueve menos diez de la mañana, por Dios. ¿Cómo se había descontrolado tanto mi vida a una hora tan temprana? ¿Es que había hecho algo tan horrible en algún universo alternativo?

Observé mi reflejo en el espejo del baño y resoplé. Me retoqué un poco para no salir de nuevo con aspecto de haber perdido los papeles. Hasta mi pelo se había visto perjudicado. Lo cepillé con fuerza para que mis ondas color caramelo recuperaran una forma aceptable, me lo coloqué con cuidado detrás de las orejas y me pellizqué las mejillas antes de volver al mundo real; aquel en el que mi rutina se había salido de su órbita programada.

Mientras caminaba con toda la decisión que pude reunir hasta mi mesa, pensé en mis primeros pasos de esa mañana. Todo apuntaba a que podría haberse tratado de un día normal, pero el caso es que no lo había sido.

Me levanté a la misma hora y tardé en vestirme algo menos de lo habitual. Jaime había dormido en mi casa, pero lo único que quedaba de él era su olor impregnado en las sábanas y la cama revuelta, así que desayuné sola en la

cocina. Después fui al metro con *Les passants* envolviéndome para amenizar el trayecto y crucé las puertas de la agencia sin ninguna señal que flotara a mi alrededor para avisarme de lo que estaba a punto de suceder.

Debería existir algún tipo de ley que garantice a los ciudadanos que serán avisados cuando su vida vaya a dar un giro de ciento ochenta grados. O una aplicación en el móvil para tal efecto. O... yo qué sé, algo que impida que se te quede la misma cara de gilipollas que se me quedó a mí cuando puse un pie fuera del ascensor y mi jefe me indicó que lo acompañara a su despacho.

—Tengo una videoconferencia en menos de veinte minutos. ¿Podemos vernos luego? —le dije mientras me deshacía de mi bolso.

—Solo será un segundo, Meli. Hay alguien a quien tienes que conocer.

—¿Conocer?

Como única respuesta, Pedro, mi jefe, elevó las comisuras de su boca en un gesto enigmático. A continuación hizo una seña a Magda, una de mis compañeras y mi amiga fuera de esas cuatro paredes, para que también nos acompañase. Ambas intercambiamos una mirada y seguimos sus pasos hasta cruzar el umbral de la puerta del despacho principal... y ahí me quedé.

Habría dado lo que no tengo por haber reaccionado de una manera distinta. No sé, haber sonreído, haberme hecho la interesante, la indiferente, la elegante, la ingeniosa, la... lo que sea. Pero no. Toda esa serenidad de la que tanto me gusta presumir abandonó mi cuerpo y salió volando por aquella ventana que daba a la Diagonal. La media de mis parpadeos por segundo aumentó y la textura del interior de mi boca pasó a ser algo parecido al cartón. Intenté coger aire, pero este parecía haberse vuelto tan denso que mi sistema respiratorio no lo asimilaba, así que me limité a boquear como un pececillo fuera del agua.

—¿Meli? ¿Melina? —La voz de Pedro se hizo oír por en-

cima del zumbido que había embrujado mi cerebro.

—¿Sí?

—Decía que Lucas, aquí presente —señaló con la mano al hombre de metro ochenta y pelo negro que esperaba dentro de su despacho; el mismo que me había robado el sueño hacía siete años—, se unirá a nuestro equipo a partir de esta misma semana.

Tardé un pestañeo más en volver a centrarme en el momento actual. Empecé a reaccionar cuando Magda saludó a Lucas, tendiéndole una mano con esa educación exquisita que los caracterizaba a ambos. Aunque Lucas solo la miró a los ojos unos pocos segundos, puesto que el noventa por ciento de su atención estaba centrado en mí. En mí y en mi gesto de desconcierto. ¿Cómo mi pasado se había mezclado de pronto con mi presente?

—Lucas, ella es Melina —siguió diciendo Pedro—. Técnica de desarrollo de negocio de Le Regarder.

—E intérprete —apuntó Magda.

—E intérprete —asintió Pedro, sonriéndome satisfecho.

Yo me aclaré la garganta y les hice un gesto de cariño, intentando ganar algo de tiempo y siendo a la vez consciente de que se me agotaba. No podía evitar mirarlo de frente durante mucho más, aunque tenía demasiado claro que él no apartaba los ojos de mí. Me dolía en la piel.

—Impresionante —dijo entonces con ese tono tan... «*Welcome to America*». Tan de mundo.

Una palabra. Cinco sílabas solo y tuve que luchar contra todos mis instintos para no cerrar los ojos mientras su voz desataba los recuerdos que había encerrado en mi pecho durante siete largos años. Lucas. Lucas Nahuel Samaniego. Parado junto a mí, hablándome, observándome aunque yo aún no me atreviera a hacerlo.

Tragué saliva con fuerza y por fin alcé la vista hacia sus ojos, mucho más negros de lo que recordaba. Tanto que por un momento temí que su oscuridad fuera a tragarse la claridad de mis iris azules.

Ignoré el escalofrío que se empeñaba en trepar por mi espina dorsal y alargué la mano, que permaneció unos segundos en el aire mientras él me observaba con las cejas agachadas, los labios ligeramente fruncidos y sus ojos brillando intensamente.

—Lucas. —Mi voz intentó sonar firme, como un saludo muy estudiado; creo que más o menos lo conseguí.

—Meli...

Tuve que esforzarme de nuevo para no cerrar los ojos cuando su piel y la mía se rozaron. Un chispazo de electricidad recorrió mis dedos y se fundió con el espeso silencio que se adueñó del despacho cuando Lucas y yo nos miramos a la cara por primera vez. Por primera vez en siete años, se entiende. Porque aquel rostro había quedado grabado en mi mente desde el primer momento. Mientras ambos recuperábamos el aliento, me permití a mí misma estudiarlo de cerca. Su nariz perfecta, un tanto respingona. Aquella mandíbula masculina que raspaba mis mejillas cada vez que estábamos demasiado cerca. Esa boca que me llevaba al cielo y que al mismo tiempo había dejado escapar las palabras más dulces y más hirientes que me han dicho jamás. Y sus ojos. Los mismos que me contaban historias de mil viajes que no haríamos.

Recuperé mi mano en un acto reflejo cuando sus dedos se movieron, produciendo cosquillas en los míos. Justo en ese momento, Pedro soltó un carraspeo y puso una mano en mi hombro, llamando mi atención y haciendo que me centrara de nuevo en el presente.

—¿Vosotros... os conocéis?

—No —dije yo.

—Sí —dijo Lucas al mismo tiempo.

Pedro entrecerró los ojos, pasando la mirada de uno a otro sin entender. Me aclaré la garganta.

—Quiero decir que... sí, nos conocíamos, pero no tenemos trato en la actualidad. Hacía muchos años que no... que no coincidíamos.

—¿Ah, no? ¿Y de qué os conocéis?

—Estudiamos juntos —atajé yo antes de que a Lucas se le ocurriera dar cualquier otra explicación.

—¿En Francia?

—No —intervino Lucas—, aquí en Barcelona. Hace ya tiempo. Siete años, ¿no, Meli?

Me encogí de hombros.

—No lo sé. No llevo la cuenta.

Lucas se me quedó mirando, y juro que me pareció ver cómo reprimía una sonrisa. Aparté la vista de él como si la fuerza que escapaba de sus ojos quemase.

Magda nos observaba con una expresión divertida y Pedro, que seguía pendiente de nosotros, se cruzó de brazos antes de volver a hablar con voz amistosa.

—Genial. Eso nos facilitará mucho las cosas. Igual es hasta buena idea que te unas a nuestra comida de hoy, Meli. Podréis ponerlos al día mientras aprovechamos para charlar del futuro.

Me quedé en blanco. ¿Ese hombre se había caído de un guindo y no sabía interpretar la tensión que sin duda circulaba entre Lucas y yo o es que de pronto era tan buena actriz que lo había despistado? Nadie, jamás, podría pensar que el hecho de que Lucas y yo compartiéramos historia fuera a facilitar cualquier escenario. Ni personal, ni laboral, ni nada.

—Hoy precisamente no creo que pueda comer con vosotros, Pedro. Ya tenía planes.

—¿Qué planes? —Arrugó la frente.

«Mierda. ¿Qué planes?».

—Esto... Planes personales.

—Bueno, Meli, esto es trabajo. Que conozcas ya a nuestro futuro reportero estrella es un punto que seguro que juega más a nuestro favor que en nuestra contra. Creo que será positivo para todos que nos acompañes.

Su voz sonaba amable, como de costumbre en Pedro, pero había un deje autoritario que me aconsejaba que no

discutiera con él. Intenté tragar todo lo que estaba sintiendo. Por un lado, estaba toda la situación con Lucas y el pasado que compartíamos. Por otro..., la perspectiva de que entrara a formar parte del equipo. Él iba a ser el periodista que llevaría a cabo la investigación de un proyecto muy ambicioso que daría comienzo en el mes próximo. Un proyecto que venía pactado desde muy arriba, de tan arriba que ni una de las técnicas de desarrollo de negocio de la delegación de Barcelona había conocido la identidad del periodista encargado hasta ese momento.

Miré a Lucas de reojo. Parecía sereno, muy en su sitio. Me di cuenta entonces de que él no estaba ni la mitad de sorprendido de lo que estaba yo de que la vida nos hubiera subido al mismo barco. ¿Qué me estaba perdiendo?

—Está bien —dije finalmente—. Lo anularé, no te preocupes. Mándame un correo con los detalles de la comida y allí estaré.

Pedro sonrió triunfante.

—Claro. Ahora mismo se lo digo a Mercedes. Y de paso, que se encargue de llamar al restaurante para avisarlos de que seremos uno más. Espero que te guste comer de tapas, Lucas. Aquí está muy de moda.

Lucas sonrió de oreja a oreja y, de pronto, tuve ganas de gritar. Hasta me mareé. Había olvidado su sonrisa. Las arrugas que se le forman bajo los pómulos, la manera en la que sus ojos se achican, lo blancos que son sus dientes... Me obligué a apartar la vista enseguida, aunque creo que no lo suficientemente rápido como para que él no llegara a notarlo. Empezaba a dolerme el estómago por todas las reacciones que estaba reprimiendo con tal de no mostrarme como un libro abierto ante él. Recordaba demasiado bien lo fácil que le resultaba leerme.

—Suena perfecto, señor Dafoe.

—Pedro. Llámame Pedro, Lucas, por favor. Aquí nos gusta tutearnos.

Ambos hombres se sonrieron de nuevo y, a continua-

ción, mi jefe me lanzó un gesto interrogante.

—¿No tenías esa videoconferencia, Meli?

Parpadeé hasta entender de lo que me estaba hablando. Claro. La conferencia con Singapur. La había olvidado. Sentí los ojos de Lucas en mi sien, aunque yo no tenía ninguna intención de volver a mirarlo a la cara. No quería arriesgarme a que viera más en mí de lo que ya había visto en los últimos cinco minutos. Los más largos de mi vida, por cierto.

Consulté el reloj. Eran casi menos cuarto y necesitaría unos minutos para reponerme. Sin más, me despedí escuetamente de todos y me dirigí al servicio. Estaba demasiado turbada. Necesitaba encerrarme sola en algún sitio para hacerme de nuevo con el control de mis emociones.

—Sofi, por Dios, ¿entiendes lo que te estoy diciendo?

Después de una conferencia densa y, a todas luces, poco productiva, regresé al despacho que compartía con Sonia, mi compañera de departamento y supervisora. Aprovechando que ese día Sonia tenía una cita médica, cerré la puerta y llamé a Sofía, mi mejor amiga y la única persona que podía contenerme en ese momento.

—Sí, joder. Lucas. Lucas en tu oficina. La puñetera ley de Murphy, Mel. Cuéntame, ¿cómo ha sido? ¿Estás bien?

Apoyé la cabeza en el escritorio y di pequeños cabezazos contra la madera blanca mientras le relataba lo ocurrido: mi patética reacción inicial, aquella pose de indiferencia que traté de adoptar para no sentirme tan en desventaja en ese escenario... como si estuviera en control de la situación. Cosa que no era así. No fue así en absoluto.

Habían pasado siete años desde que había visto a Lucas por última vez. Siete. No había vuelto a saber de él durante ese tiempo. Ni siquiera lo había encontrado en ninguna red social, aunque debo reconocer que lo había buscado alguna vez después de haberlo eliminado en su día de mi cuen-